

siempre, Goya intuye que el globo aerostático va a ser el tatarabuelo del avión armado de cohetes y bombas, del pájaro espantoso de Hiroshima y Nagasaki. En cada momento parece un modo de vida y se insinúa otro; surge un mundo, mientras que otro se extingue. Cuantas veces percibe este misterioso proceso, Goya sabe dar cuenta. Y por eso ante sus cuadros Francisco Bayeu es retórico, y Antonio González Velázquez, innecesariamente grandilocuente; Inza se congela de la frialdad académica francesa, y Lorente se pierde en el laberinto de sus propias habilidades.—RAUL CHAVARRI (*Instituto de Cooperación Iberoamericana. Ciudad Universitaria. MADRID-3*).

## ANTONIO DE GUEVARA EN SU CONTEXTO RENACENTISTA

En estos últimos años han ido apareciendo obras que revelan bien a las claras que el Renacimiento español es una mina por explotar. La editorial Planeta ha publicado la obra de la profesora Asunción Rallo *Antonio de Guevara en su contexto renacentista* (Madrid, 1979, 321 páginas), excelente trabajo que mereció el Premio Internacional de Ensayo Benalmádena en 1978.

La obra está dividida en dos partes. La primera estudia la «Cultura e ideología renacentistas». Ante la controversia que la obra de Guevara ha suscitado entre los críticos, la autora se pregunta, ¿fue Guevara un humanista? La respuesta no era fácil, pues no puede encarnarse el humanista español del Renacimiento en una única categoría; pero partiendo del estudio de Ottavio di Camillo, *El humanismo castellano del XV*, y profundizando en las corrientes culturales y en la creación literaria del siglo xv y primera mitad del siglo xvi, Rallo llega a la conclusión que la actividad de Guevara, y sobre todo la actitud que adoptó, son muy semejantes a la de cualquier humanista. Transcribe inscripciones de tumbas, descifra monedas y epitafios romanos, visita ruinas romanas, busca en los libros la sabiduría y el consuelo del hombre, tiene curiosidad lingüística y vocación de filólogo. El problema de la pertenencia o no de Fray Antonio al humanismo radica en las varias posibilidades de realización del humanista. De ahí que mientras unos críticos lo consideren falsario de la cultura (María Rosa Lida), otros lo valoren como humanista creador (Carlos Clavería). El conflicto lo resuelve la autora explicando la postura guevariana. Las invenciones eru-

ditas de citas y personajes son una defensa de la individualidad creadora.

Respecto al tema polémico del erasmismo, la autora señala la exageración de considerar el pensamiento español renacentista contaminado de erasmismo y de que se haya considerado como punto fundamental de valoración de un autor o de una obra. Esto puede explicar el olvido en que se han tenido a autores como Mexía o Guevara. La idea de que Erasmo supone modernidad y el no adherirse a él retraso, llevó a María Rosa Lida a subrayar el medievalismo gueveriano. Si M. Bataillon ve a Guevara ajeno a la corriente erasmiana, Márquez Villanueva subraya varias semejanzas, como la postura crítica ante la práctica religiosa de ceremonias puramente externas, la utilización de lo absurdo y trivial como motivo literario y el concepto de paz y guerra<sup>1</sup>. Rallo afirma que no puede hablarse de antierasmismo en Guevara. Ambos escritores intentan solucionar los problemas contemporáneos, y desde planteamientos distintos, pero «modernos», coinciden en las soluciones (pág. 36). Sin duda que Guevara está contaminado de las corrientes espiritualistas de su época; lo difícil es encasillarlo porque desborda todo marco. Además, el erasmismo español no fue una doctrina cerrada ni rigurosa, sino más bien una posición crítica frente a las formas desvirtuadas del cristianismo tradicional, de ahí que presente tantas formas y matices como erasmistas hubo. La de Guevara puede ser una de ellas.

Ante el tópico renacentista de la querrela entre antiguos y modernos, la autora se pregunta ¿qué es la antigüedad para Guevara? Distingue dos niveles respecto a este punto en la ideología guevariana: la antigüedad reconocida y apelada por sus contemporáneos humanistas y la que maneja como reprimenda moral contra sus contemporáneos. La antigüedad le sirve como encarnación real de sus propias aspiraciones (página 57). No le sirve por ella misma, sino en tanto que funciona para su propio momento y desde sí mismo. Maravall dice que lo «antiguo» se identifica con lo «bueno» y se ofrece como imitación, emulación o confrontación de la realidad<sup>2</sup>. La antigüedad es utopía, mito, pero es también realidad concreta e histórica. Guevara se niega a creer que todo estuviese dicho por los antiguos. Se dibuja claramente en él la idea de progreso, en cuanto que los modernos tienen que ir llenando los huecos o salvando los errores de los antiguos. Rallo subraya muy acertadamente, sin embargo, que el concepto de novedad y progreso conlleva un aspecto positivo y otro negativo en Guevara. En la línea histórica del

<sup>1</sup> FRANCISCO MÁRQUEZ VILLANUEVA: «Fray Antonio de Guevara o la ascética novelada», en *Espiritualidad y literatura en el siglo XVI*, Madrid: Alfaguara, 1968, pág. 36.

<sup>2</sup> JOSÉ ANTONIO MARAVALL: *Antiguos y modernos*, Madrid: Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1966, págs. 202-222.

progreso humano, la antigüedad se queda atrás de la contemporaneidad. Pero desde el punto de vista social y político, nuevo equivale a «extranjero», algo impuesto violentando la sociedad (el flamenquismo, por ejemplo, frente al castellanismo).

Frente al humanista que cifraba su originalidad en ser capaz de rescatar lo clásico con pleno respeto y sin modificarlo, Guevara se apoya en la propia experiencia. Pretende reconstruir el marco y la atmósfera de la antigüedad no desde lo histórico, sino desde el papel de escritor que él adaptó. Desde su creatividad, Fray Antonio procura situar los problemas de su tiempo en un ambiente de verosimilitud. El público profano y cortesano para quien escribía no le importaba demasiado la exactitud de las citas, sino el que las invenciones fueran creíbles. De aquí el juego de fundir erudición e invención, de mezclar nombres falsos que suenan a latinos con los verdaderos, de atribuir títulos de un autor a otro y de confundir las fuentes de las que cita sus pensamientos. Al fin de cuentas, Guevara parodia el quehacer renacentista. Frente al bachiller Rúa, cuya meticulosidad de historiador le impide la creación, Guevara es el escritor que tiende a lo verosímil y creíble. Cita de memoria y se plagia a sí mismo en pro de su fuerza creadora.

Respecto al estilo guevariano, estamos de acuerdo con Rallo en afirmar que es una auténtica experiencia personal. La primera mitad del siglo XVI es un momento en que falta aún por descubrir el canon lingüístico renacentista. Guevara ensaya encontrar un lenguaje artístico diferente al propuesto por los humanistas. Su actitud retoricista no se opone al canon humanista en los conceptos de base, sino en el modo de realizarlos. Ambos abogan por la brevedad y profundidad de conceptos.

La autora discrepa de Agustín Redondo al considerar el carácter oral de la prosa guevariana y el estilo de predicador. Si para Redondo «c'est qu'en effet ce style est celui d'un predicateur, d'un orateur double d'un moraliste chrétien»<sup>3</sup>, para ella el estilo de Guevara es un caso especial en la prosa castellana del siglo XVI; es un experimento encaminado a formar un estilo propio e inusitado por lo sorprendente. Centra los descubrimientos guevarianos en torno a tres ejes fundamentales: semántico, en torno a la imagen; la ocurrencia significativa, cercana a la agudeza, y la construcción paralelística (pág. 115). Con todo ello, Guevara busca contraponer la realidad político-social al siglo dorado. Crea un espacio ideal—la aldea—en el que reina la virtud y la auténtica vida, lo cual posibilita la realización del hombre en contraposición con la corte, que le pervierte y le hace perder su bondad. En última instan-

<sup>3</sup> AGUSTÍN REDONDO: *Antonio de Guevara et l'Espagne de son temps. De la carrière officielle aux oeuvres politique-morales*, Genève: Droz, 1976, pág. 209.

cia, la creación de la aldea no es más que la construcción de un mito del mundo ideal. Es la alternativa para aquel que no pertenece al espacio público, afirma Rallo (pág. 152). Responde a la idea política de Guevara—dirá Maravall—, que consiste en hacer del imperio imagen de las virtudes de aldea<sup>4</sup>.

La segunda parte del trabajo se dedica a la «Creación guevariana y el texto renacentista». Rallo parte del reconocimiento de que en Guevara, como en la mayoría de los escritores del siglo XVI, hay ideas, historias y conceptos medievales; su aportación radica en estar planteados de nuevo por él. Guevara se los apropia y los personifica haciéndolos parte de su yo. Contra los que defienden el medievalismo de su obra, Rallo recuerda que con Fray Antonio se inicia la relación autor-público receptor, lo cual está lejos del manuscrito del copista medieval.

Aprovechando los beneficios de la imprenta, Guevara ensaya un estilo personal e inconfundible, que fue conquistando un nuevo tipo de gente, que, como diría Rúa, «tienen algún gusto en el saber y no destreza en el juzgar». Para Márquez Villanueva, el propósito de escribir para el entretenimiento de un lector masa bastaba sin más para forzar un cambio radical de perspectivas literarias. Pero estoy de acuerdo con Rallo en que no se puede desmesurar la intención atrayente de la obra guevariana privándola de su finalidad moral, puesto que es uno de los grandes pilares de la obra de Fray Antonio (pág. 203). Su moralismo responde a la visión tradicional de la literatura: ha de ser amena y provechosa. Es cierto que Guevara no ha legado ni una doctrina propia ni un análisis de la conducta humana, pero su obra desarrolla un arte de regir a los hombres y de gobernarse a sí mismos. Desde su experiencia de cortesano y franciscano, aconseja y extrae una doctrina. La búsqueda de fama hay que interpretarla más como un apoyo para su escala social confirmada en sus cargos, que no en el éxito literario como fin en sí mismo, y, por supuesto, en ninguna manera como refugio de su frustrada carrera, como afirma Américo Castro.

La relación entre autor-receptor, la consigue Guevara a través del uso de la primera, segunda y tercera persona, creando con ello lo que Rallo llama «un texto híbrido». La primera persona convierte el texto en testimonio y le da un tono de confesión íntima. La primera persona plural compromete al lector como participante de la realidad expuesta. La segunda persona aproxima al autor-lector en forma de diálogo y de conversación privada. En el proceso narrativo, Guevara consulta con el lector, presupone el efecto producido y se adelanta explicando cómo ha de entenderse. Otras veces personaliza la materia y la increpa lo mis-

<sup>4</sup> JOSÉ A. MARAVALL: *Carlos V y el pensamiento político del Renacimiento*, Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1960, pág. 184.